

tiempo impidió que se hiciese á la vela como iba Salcedo á verificarlo conformándose con una orden de Murat recibida por la via de Barcelona.

De los emisarios que Cartagena habia enviado á otras partes penetraron en Murcia á las siete de la mañana del 24 de mayo cuatro oficiales aclamando á voces á Fernando VII. Se conmovió el pueblo á tan desusado rumor, y los estudiantes de S. Fulgencio, colegio insigne por los claros varones que ha producido, se señalaron en ser de los primeros á abrazar la causa nacional. Acrecentándose el tumulto, los regidores con el cabildo eclesiástico y la nobleza tuvieron ayuntamiento, y acordaron la proclamacion solemne de Fernando, ejecutándose en medio de universales vivas. No hubo desgracias en aquella ciudad, y solo por precaucion arrestaron á algunos mirados con malos ojos por el pueblo y al que hacia de cónsul frances. En la de Villena pereció su corregidor y algun dependiente suyo, hombres ántes odiados. Se eligió una junta de dieciseis personas entre las de mas monta, resaltando en la lista el conde de Florida-Blanca, con quien á pesar de su avanzada edad todavía nos encontraremos. El mando de las tropas se confió á D. Pedro Gonzalez de Llamas, antiguo coronel de milicias, y comenzaron á adoptarse medidas de armamento y defensa. Como esta provincia por lo que respecta á lo militar dependia del capitan general de Valencia, sus tropas obraron casi siempre y de consu-

no, por lo ménos en un principio, con las restantes de aquel distrito.

Pero entre las provincias bañadas por el Mediterráneo, llamó la atencion sobre todas la de Valencia. Indispensable era que así fuese al ver sus heroicos esfuerzos, sus sacrificios y desgraciadamente hasta sus mismos y lamentables excesos. Tributáronse á unos los merecidos elogios, y arrancaron los otros justos y acerbos vituperios. Los naturales de Valencia activos é industriosos, pero propensos al desasosiego y á la insubordinacion, no era de esperar que se mantuviesen impasibles y tranquilos, ahora que la desobediencia á la autoridad intrusa era un título de verdadera é inmarcesible gloria. Sin embargo, ni los trastornos de marzo, ni los pasmosos acontecimientos que desde entónces se agolparon unos en pos de otros, habian suscitado sino hablillas y corrillos hasta el 23 de mayo. En la madrugada de aquel dia se recibió la gaceta de Madrid del 20, en la que se habian insertado las renunciaciones de la familia real en la persona del emperador de los franceses. Solian por entónces gentes del pueblo juntarse á leer dicho papel en un puesto de la plazuela de las Pasas, encargándose uno de satisfacer en voz alta la curiosidad de los demas concurrentes. Tocó en el 23 el desempeño de la agradable tarea á un hombre fogoso y atrevido, quien al relatar el artículo de las citadas renunciaciones rasgó la gaceta y lanzó el primer grito de *Viva Fernando VII, y mueran los franceses*. Respondieron

Levantamiento de Valencia.

á su voz los numerosos oyentes, y corriendo con la velocidad del rayo, se repitió el mismo grito hasta en los mas apartados lugares de la ciudad. Se aumentó el clamoreo, agrupándose miles de personas, y de tropel acudieron á la casa del capitán general, que lo era el conde de la conquista. En vano intentó este apaciguarlos con muchas y atentas razones. El tumulto arreció, y en la plazuela de Santo Domingo mostráronse sobre todo los amotinados muy apiñados y furiosos.

Faltábales caudillo, y allí por primera vez se les presentó el P. Juan Rico, religioso franciscano, el cual resuelto, fervoroso, perito en la popular elocuencia y resguardado con el hábito que le santificaba á los ojos de la muchedumbre, unia en su persona poderosos alicientes para arrastrar tras sí á la plebe, dominarla, é impedir que enervase esta su fuerza con el propio desórden.

Arengó brevemente al innumerable auditorio, le indicó la necesidad de una cabeza, y todos le escogieron para que llevase la voz. Excusóse Rico, insistió el pueblo, y al cabo cediendo aquel, fué llevado en hombros desde la plazuela de Santo Domingo al sitio en que el real acuerdo celebraba sus sesiones. Hubo entre los individuos de esta corporacion y el P. Rico largo coloquio, esquivando aquellos condescender con las peticiones del pueblo, y persistiendo el último tenazmente en su invariable propósito. Acalorándose con la impaciencia los ánimos, asintieron las autoridades á lo que

de ellas se exigia; y se nombró por general en jefe del ejército que iba á formarse al conde de Cervellon, grande de España, propietario rico del país, aunque falto de las raras dotes que semejante mando y aquellos tiempos turbulentos imperiosamente reclamaban. Como el de la Conquista y el real acuerdo habian con repugnancia sometídose á tan maña resolución, procuraron escudarse con la violencia, dando subrepticamente parte á Madrid de lo que pasaba, y pidiendo con ahinco un envío de tropas que los protegiése. El pueblo ignorante de la doblez, tranquilamente se recogió á sus casas la noche del 23 al 24. En ella habia el arzobispo tanteado á Rico, y ofrecídole una cuantiosa suma si queria desamparar á Valencia, cuyo paso habiendo fallado por la honrosa repulsa del solicitado, se despertaron los recelos, y en acecho los principales promovedores del alboroto prepararon otro mayor para la mañana siguiente.

Rico se habia albergado aquella noche en el convento del Temple en el cuarto de un amigo. Muy temprano y á la sazón en que el pueblo empezó á conmovirse, fué á visitarle el capitán de Saboya D. Vicente Gonzalez Moreno con dos oficiales del propio cuerpo. Era de importancia su llegada, porque además de aunarse así las voluntades de militares y paisanos, tenia Moreno amistad con personas de mucho influjo en el pueblo y huerta de Valencia, tales eran D. Manuel y D. Mariano Beltran de Lis, quienes de antemano juntábanse con otros á depla-

rar los males que amenazaban á la patria, pagaban gente que estuviese á su favor, y atizaban el fuego encubierto y sagrado de la insurreccion. Concordes en sentimientos Moreno y Rico, meditaron el modo de apoderarse de la ciudadela.

Un impensado incidente estuvo entre tanto para envolver á Valencia en mil desdichas. La serenidad y valor de una dama lo evitó felizmente. Habíase empeñado el pueblo en que se leyesen las cartas del correo que iba á Madrid, y en vano se cansaron muchos en impedirlo. La balija que las contenía fué transportada á casa del conde de Cervellon, y á poco de haber comenzado el registro, se dió con un pliego que era el duplicado del parte arriba mencionado, y en el que el real acuerdo se disculpaba de lo hecho, y pedia tropas en su auxilio. Viendo la hija del conde, que presenciaba el acto, la importancia del papel, con admirable presencia de ánimo al intentar leerle le cogió, rasgóle en menudos pedazos, é imperturbablemente arrojó el furor de la plebe amotinada. Esta, si bien colérica, quedó absorta, y respetó la osadía de aquella señora que preservó de muerte cierta á tantas personas. Accion digna de eterno loor.

En el mismo dia 24 y conforme á la conmocion preparada, pensaron Rico, Moreno y sus amigos en enseñorearse de la ciudadela. Con pretexto de pedir armas para el pueblo se presentaron en gran número delante del acuerdo, y como este contestase, segun era cierto, que no las había, exigieron los

amotinados para cerciorarse con sus propios ojos que se les dejase visitar la ciudadela, en donde debían estar depositadas. Se concedió el permiso á Rico con otros ocho; pero llegados que fueron, todos entraron de monton, pasando á su bando el baron de Rus que era gobernador. Gran brio dió este suceso á la revolucion, y tanto, que sin resistencia de la autoridad se declaró el dia 25 la guerra contra los franceses, y se constituyó una junta numerosísima en que andaba mezclada la mas elevada nobleza con el mas humilde artesano.

La situacion empero de Valencia hubiera sido muy peligrosa, si Cartagena no la hubiese socorrido con armas y pertrechos de guerra. Estaba en esta parte tan exhausta de recursos, que aun de plomo carecia; pero para suplir tan notable falta, empezó igualmente la fortuna á soplar con próspero viento. Por singular dicha arribó al Grao una fragata francesa cargada con 4000 quintales de aquel metal, la cual sin noticia del levantamiento vino á ponerse á la sombra de las baterías del puerto, dándole caza un corsario ingles. A la entrada fué sorprendida y apresada, y se envió á su contrario, que bordeaba á la banda de afuera, un parlamento para comunicarle las grandes novedades del dia, y confiarle pliegos dirigidos á Gibraltar. En esta doble y feliz casualidad vió el pueblo la mano de la Providencia, y se ensanchó su ánimo alborozado.

Hasta ahora en medio del conflicto que había habido entre las autoridades y los amotinados no se

habia cometido exceso alguno. Sospechas nacidas del acaso empezaron á empeñar la revolucion valenciana, y acabaron al fin por ensangrentarla horrosamente.

D. Miguel de Saavedra, baron de Albalat, habia sido uno de los primeros nombrados de la junta para representar en ella á la nobleza. Mas reparándose que no asistia, se susurró haber pasado á Madrid para dar en persona cuenta á Murat de las ruidosas asonadas: rumor falso é infundado. Solamente habia de cierto que el baron odiado por el pueblo desde años atras, en que como coronel de milicias decíase haber mandado hacer fuego contra la multitud opuesta á la introduccion y establecimiento de aquel cuerpo, creyó prudente alejarse de Valencia miéntras durase el huracan que la azotaba, y se retiró á Buñol, siete leguas distante. Su ausencia renovó la antigua llaga todavía no bien cerrada, y el espíritu público se encarnizó contra su persona. Para aplacarle ordenó la junta que pues habia el baron rehusado acudir á sus sesiones, se presentase arrestado en la ciudadela. Obedeció, y al tiempo que el 29 de mayo regresaba á Valencia, se encontró á tres leguas en el mar del Poyo con el pueblo, que impaciente habia salido á aguardar el correo que venia de Madrid. Por una aciaga coincidencia el de Albalat y el correo llegaron juntos, con lo cual tomaron cuerpo las sospechas. Entónces, á pesar de sus vivas reclamaciones cogiéronle y le llevaron preso. A media legua de la

ciudad se adelantó á protegerle una partida de tropa al mandó de D. José Ordoñez, quien á ruegos del baron en vez de conducirle directamente á la ciudadela, torció á casa de Cervellon, extravio que en parte coadyuvó á la posterior catástrofe, extendiéndose la voz de su vuelta, y dando lugar á que se atizase el encono público y aun el privado. Entró en aquellos umbrales amagado ya por los puñales de la plebe: aceleró hácia allí sus pasos el P. Rico, y vió al baron tendido sobre un sofá pálido y descaecido. El infeliz se arrojó á los brazos de quien podia ampararle en su desconuelo, y con trémulo y penetrante acento le dijo: „Padre, salve „usted á un cabollero que no ha cometido otro delito que obedecer á la órden de que regresase á Valencia.” Rico se lo prometió, y contando para ello con la ayuda de Cervellon, fué en su busca; pero este no ménos atemorizado que el perseguido, se habia metido en cama con el simulado motivo de estar enfermo, y se negó á verle, y á favorecer á un desgraciado con quien le enlazaba antigua amistad y deudo. Ruin villania y notable contraposicion con el valor é intrepidez que en el asunto de las cartas habia mostrado su hija.

Entónces el P. Rico, pidiendo el pueblo desaforadamente la cabeza del baron, determinó con intento de salvarle que se le trasladase á la ciudadela, metiéndole en medio de un cuadro de tropa mandado por Moreno. Sin que fuese roto por los remolinos y oleadas de la turba, consiguieron llegar al

pedestal del obelisco de la plaza. Allí al fin forzó el pueblo el cuadro, penetró por todos lados, y sordo á las súplicas y exhortaciones de Rico, dieron de puñaladas en sus propios brazos al desventurado baron, cuya cabeza cortada y clavada en una pica la pasearon por la ciudad. Difundióse en toda ella un terror súbito, y la nobleza, para apartar toda sospecha, aumentó sus ofrecimientos y formó un regimiento de caballería de individuos suyos, que no deslucieron el esplendor de su cuna en empeñadas acciones.

Triste y doloroso como fué el asesinato del baron de Albalat, desaparece á la vista de la horrosa matanza que á pocos dias tuvo que llorar Valencia, y á cuyo recuerdo la pluma se cae de la mano. En 1.º de junio se presentó en aquella ciudad Don Baltasar Calvo, canónigo de S. Isidro de Madrid, hombre travieso, de amaño, fanático y arrebatado, con entendimiento bastantemente claro. Entre los dos bandos que anteriormente habian dividido á los prebendados de su iglesia de jansenistas y jesuitas, se habia distinguido como cabeza de los últimos, y ensañándose en perseguir á la parcialidad contraria. Ahora, tratando de amoldar á su ambicion las doctrinas que tenazmente habia siempre sostenido, notó muy luego que el P. Rico con su influjo pudiera en gran manera servirle, é hizo resolucion de trabar con él amistad; pero ya fuesen zelos, ó ya que en uno hubiera mejor fe que en otro pudieron entenderse ni concordarse. El astuto

Calvo procuró entónces urdir con otros la espantosa trama que meditaba. Para encubrir sus torcidos manejos, distraia con apariencias de santidad la atencion del pueblo, tardando mucho en decir misa, y permaneciendo arrodillado en los templos cuatro ó cinco horas en acto de contrita y fervorosa oracion. Quería ser dominador de Valencia, y creyó que con la hipocresía y con poner en práctica la infernal maquinacion de matar á los franceses, cautivaria el ánimo del pueblo que tanto los odiaba. Para alcanzar su intento, era necesario comenzar por apoderarse de la ciudadela, en cuyo recinto habia ordenado la junta que aquellos se recogiesen, precaviéndolos de todo daño y respetando religiosamente sus propiedades y haberes. No era difícil la empresa, porque solo habian quedado allí de guarnicion unos cuantos inválidos, habiéndose ausentado con su gente para formar una division en Castellon de la Plana Don Vicente Moreno, nombrado ántes por la junta gobernador de dicha ciudadela. Calvo conoció bien que dueño de este punto, tenia en sus manos una prenda muy importante, y que podria á man salva cometer la proyectada carnicería.

Él y sus cómplices fijaron el 5 de junio para la ejecucion de su espantoso plan, y repentinamente al anochecer levantando gran gritería y alboroto, sin obstáculo penetraron dentro de los muros de la ciudadela y la dominaron. Fué Calvo de los primeros que entraron, y apresurándose á poner en obra su pro-

yecto, se complació en unir á la crueldad la mas insignie perfidia. Porque presentándose á los franceses detenidos, con aire de compuncion les dijo: „Que intentando el populacho matarlos, movido de piedad y caridad cristiana, se habia anticipado á preservarlos, disponiendo él á escondidas que se evadiesen por el postigo que daba al campo, y partiesen al Grao, en donde encontrarian barcos listos para transportarlos á Francia.” Al propio tiempo que de aquel modo con ellos se expresaba, habia preparado para determinarlos y azorar aun mas sus caidos ánimos, que se diesen por los agavillados gritos amenazadores de *traicion* y *venganza*. Con semejante amago cedieron los presos á las insinuaciones del fingido amigo, y trataron de salir por el postigo indicado. Al ir á ejecutarlo, corrió la voz de que se salvaban los franceses, y hombres ciegos y rabiosos se atropellaron hácia su estancia. Dentro comenzó el horrible estrago: presidiale el feroz clérigo. Hubo tan solo un intermedio en que se llamaron confesores para asistir en su última hora á las infelices víctimas. Aprovechándose de aquellos breves instantes, algunas personas humanas volaron á su socorro, acompañadas de imágenes y reliquias veneradas por los valencianos. Su presencia y las enternecidas súplicas de los respetables confesores, á veces apiadaban á los verdugos; pero el furibundo Calvo, convertido en carnívora fiera, acababa con el terror las lágrimas y los quejidos de los que intercedían en favor de tantos inocentes, y es-

timulaba á sus sicarios, añadiendo á las esperanzas de un asalariado cebo la blasfemia de que nada era mas grato á los ojos de la divinidad que el matar á los franceses. Quedaban vivos setenta de estos desgraciados, y ménos bárbaros los ejecutores que su sanguinario gefe, suspendieron la matanza, y pidieron que se les hiciese gracia. Fingió Calvo acceder á su ruego, seguro de que en vano hubiera insistido en que se continuase el destrozo, y mandó que los sacasen por fuera del muro á la torre de Cuarte. Mas, ¡quién creyera tamaña ferocidad! Aquel tigre habia á prevencion apostado una cuadrilla de bandidos cerca de la plaza de toros, y al emparejar con ella los que ya se juzgaban libres, se vieron acometidos por los encubiertos asesinos, quienes fria y traidoramente los traspasaron con sus espadas y puñales. Peciéron en la noche 330 franceses: pensóse que con la obscuridad se pondria término á tan bárbaro furor, pero el de Calvo no estaba todavía satisfecho.

Al empezar el alboroto habia la junta comisionado á Rico para que le enfrenase y estorbara los males que amagaban. Inútiles fueron ofertas, ruegos y amenazas. La voz de su primer caudillo fué tan desoída por los amotinados, como cuando mataron á Albalat. Nueva prueba, si de ella se necesitase, de que ¹ „los tribunos del pueblo (segun la expresion de „Titolivio) mas bien que rigen son regidos casi „siempre por la multitud.” Calvo ensoberbecido se erigió en señor absoluto, y durante la carnicería de la ciudadela, expidió órdenes á todas las autorida-

[1 Ap. n. 5.]

des, y todas ellas humildemente se le sometieron, empezando por el capitán general. Rico desfallecido temió por su persona y se recogió á un sitio apartado. Sin embargo, por la mañana recobrando sus abatidas fuerzas montó á caballo, y confiando en que la multitud con su inconstancia desampararía á su nuevo dueño, pensó en prenderle, y estaba á punto de conseguir contra su rival un seguro triunfo, cuando el coronel Don Mariano Usel propuso en la junta que se nombrase á Calvo individuo suyo. Le apoyaron otros dos, por lo que de resultas hubo quien á estos y al Usel los sospechara de no ignorar del todo el origen de los horrores cometidos.

Calvo en la mañana del 6 todavía empapado en la inocente sangre, tomó asiento en la junta. Consternados estaban todos sus miembros, y solo Rico despechado por el suceso de la anterior noche, alzó la voz, dirigió con energía su discurso al mismo Calvo, acriminó con negros colores su conducta, y afirmó que Valencia estaba perdida si al instante no se cortaba la cabeza á aquel malvado. Sorprendióse Calvo, pasmáronse los otros circunstantes, y en esto andaban cuando una parte del populacho destacada por su jefe sediento de sangre, después de haber recorrido las casas en que se guarecían unos pocos franceses y de haberlos muerto, arrastró consigo á la presencia de la misma junta, ocho de aquellos desgraciados que quiso inmolar en la sala de las sesiones. El cónsul inglés Tupper que ántes había salvado á algunos, intentó inútilmen-

te y con harto riesgo de su persona libertar á estos. Los individuos de aquella corporación amedrentados precipitadamente se dispersaron, salpicándose sus vestidos con la sangre de los ocho infelices franceses, vertida sin piedad por infames matadores. Todo fué entónces terror y espanto. Rico se escondió y aun dos veces mudó de disfraz, temiendo la inevitable venganza de Calvo que triunfante dominaba solo, y se disponía á ejecutar actos de inaudita ferocidad.

Felizmente no todos se descorazonaron: al contrario los hubo que trabajando en silencio por la noche, pudieron congregarse la junta en la mañana del 7. Vuelto en sí Rico del susto, llevó principalmente la voz, y queriendo los asistentes no ser envueltos en la ruina comun que amenazaba, decretaron el arresto de Calvo, y ántes de que este pudiera ser avisado, diéronse prisa á ejecutar la resolución convenida, sorprendiéronle, y sin tardanza le pusieron á bordo de un barco que le trasladó á Mallorca. Allí permaneció hasta últimos de junio, en que preso se le volvió á traer á Valencia para ser juzgado. Grandes y honrosos sucesos acaecieron en el intervalo en aquella ciudad, y con los cuales lavó algún tanto el negro borron que los asesinatos habían echado sobre su gloria. Ahora aunque anticipemos la serie de los acontecimientos, será bien que concluyamos con los hechos de Calvo y de sus cómplices. Así con el pronto y severo casti-

go respirará el lector angustiado con la nefanda relación de tantos crímenes.

Habiendo vuelto Calvo á Valencia, alegó conforme á la doctrina de su escuela en una defensa que extendió por escrito, que si habia obrado mal, habia sido por hacer el bien, debiendo la intencion ponerle á salvo de toda inculpacion. Aquí tenemos renovada la regla invariable de los sectarios de

(1 Ap. n. 6.) Loyola, á quienes todo les era lícito, con tal que¹, como dice Pascal, supiesen *dirigir la intencion*. No le sirvió de descargo á Calvo, porque condenado á la pena de garrote, fué ajusticiado en la cárcel á las doce de la noche del 3 de julio, y expuesto su cadáver al público en la mañana del 4. Hubo en la formacion y sentencia de la causa algunas irregularidades, que á pesar de la atrocidad de los crímenes del reo hubiera convenido evitar. Achacóse tambien á Calvo haber procedido en virtud de comision de Murat. Careció de verosimilitud y de fundamento tan extraña acusacion. Se inventó para hacerle odioso á los ojos de la muchedumbre, y poder mas fácilmente atajarle en su desenfreno. Fué hombre fanático y ambicioso, que mezclando y confundiendo erróneos principios con sus feroces pasiones, no reparó en los medios de llevar á cabo un proyecto que le facilitase obtener el principal y quizá exclusivo influjo en los negocios del dia.

La junta pensó ademas en hacer un escarmiento en los otros delincuentes. Creó con este objeto un tribunal de seguridad pública, compuesto de tres

magistrados de la audiencia D. José Manescau y los señores Villafañe y Fuster. Habia la prevision del primero preparado una manera fácil de descubrir á los matadores, y la cual en parte la debió á la casualidad. En la mañana que siguió á la cruel carnicería quince ó veinte de los asesinos con las manos aun teñidas en sangre, creyendo haber procedido segun los deseos de la junta, se presentaron para entregar los relojes y alhajas de que habian despojado á los franceses muertos, y pidieron en retribucion del acto patriótico que habian ejecutado alguna recompensa. El advertido Manescau descendió en dar á cada uno treinta reales, pero con la precaucion al escribano de que les tomase los nombres bajo pretexto que era preciso aquella formalidad para justificar que habian cobrado el dinero. Partiendo de este antecedente pudo probarse quiénes eran los reos, y en el espacio de dos meses se ahorcó públicamente, y se dió garrote en secreto á mas de doscientos individuos. Severidad que á algunos pareció áspera, pero sin ella la anarquía á duras penas se hubiera reprimido en Valencia y en otros pueblos de su reino, entre los que Castellon de la Plana y Ayora habian visto tambien perecer á su gobernador y alcalde mayor. Con el ejemplo dado la autoridad recobró la conveniente fuerza.

Luego que la junta se vió desembarazada de Calvo y de sus infernales maquinaciones, se ocupó con mas desahogo en el alistamiento y organizacion de su ejército. El tiempo urgia, repetidos avisos anun-

ciaban que los franceses disponian una expedicion contra aquella provincia, y era preciso no desaprovechar tan preciosos momentos. Cartagena suministró inmediatos recursos, y con ellos y los que pudieron sacarse del propio suelo, se puso la ciudad de Valencia en estado de defensa. Al mismo tiempo se dirigió sobre Almansa un cuerpo de 15,000 hombres al mando del conde de Cervellon, á quien se juntó de Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas, y otro de 8000 bajo las de Don Pedro Adorno se situó en las Cabrillas. Tal estaba el reino de Valencia ántes de ser atacado por el mariscal Moncey, de cuya campaña nos ocuparemos despues.

Levantamiento de Aragón.

La justa indignacion abrigada en todos los pechos, bullia con acelerados latidos en el de los moradores del antiguo asiento de las franquezas y libertades españolas, en la inmortal Zaragoza. Gloria duradera le estaba reservada, y la patria de Lanuza renovó en nuestros dias las proezas que solemos colocar entre las fábulas de la historia. Su levantamiento, sin embargo, nada ofreció de nuevo ni singular, caminando por los mismos pasos por donde habian ido algunas de las otras provincias. Con mayo empezaron los corrillos y las conversaciones populares, y al recibirse el correo de Madrid, agrupábanse las gentes á saber las novedades que traia. Siendo por momentos mas tristes y adversas, aguardaban todos que la inquieta curiosidad finalizaria por una estrepitosa explosion. Re-partieron en efecto el 24 las cartas llegadas por la

mañana, y de boca en boca cundió velozmente cómo Napoleon se erigia en dueño de la monarquía española de resultas de haber renunciado la corona en favor suyo la familia de Borbon. Instantáneamente se armó gran bulla; y hombres, mugeres y niños se precipitaron á casa del capitán general Don Jorge Juan de Guillelmi. Los vecinos de las parroquias de la Magdalena y San Pablo concurrieron en gran número capitaneados por varios de los suyos, y entre ellos el tio Jorge, que era del arrabal. Descolló el último sobre todos, y la energía de su porte, el sano juicio que le distinguia, lo recto de su intencion, y el varonil denuedo con que á cada paso espuso despues su vida, le hacen acreedor á una honrosa y particular mencion. Hombre sin letras y desnudo de educacion culta, halló en la nobleza de su corazon y como por instinto, los elevados sentimientos que han ilustrado á los varones esclarecidos. Su nombre aunque humilde, escrito al lado de ellos, resplandecerá sin deslucirlos.

La muchedumbre pidió al capitán general que hiciera dimision del mando. Costó mucho que se resolviese al sacrificio; mas forzado á ello y conducido preso á la Aljafería, fué interinamente substituido por su segundo el general Mori. Al anochecer se embraveció el tumulto, y desconfiándose del nuevo gefe por ser italiano de nacion, se convidó con el mando á Don Antonio Cornel, antiguo ministro de la guerra, quien rehusó aceptarle.

Mori el 25 congregó una junta, la cual tímida co-